

uno por uno su conducta y sentimientos, recogiendo señas y enviando órdenes á sus confidentes.

Al otro dia, 6 diciembre, á las siete de la mañana por mandado de Ireton, y antes que de nada fuese informado Fairfax, estaban ya las tropas en movimiento. Por orden de Skippon las guardias de milicia encargadas de las cámaras habian sido relevadas; dos regimientos, el del coronel Pryde de infantería, y caballería del coronel Rich ocupaban el patio, la grande sala de Westminster, la escalera, el vestíbulo y todas las avenidas de la cámara: en la misma puerta del salon estaba Pryde con la lista de los miembros proscriptos en la mano, y cerca de él lord Grey de Grooby y un ujier que tenia cuidado de señalarlos á medida que iban entrando: «Vos no entráreis», decia Pryde á cada uno de ellos y mandaba arrestar y llevar presos á los mas sospechosos. Un violento tumulto se levantó de repente alrededor de la cámara; los miembros escludos probaban á abrirse paso por todos los corredores, invocaban su derecho, injuriaban á los soldados; estos se reian y burlaban. Algunos de ellos, Prynne entre otros, resistieron obstinadamente: «Yo no daré, dijo, un solo paso voluntariamente.»

Algunos oficiales le colocaron como por insulto bajo la escalera, hechizados por poder unir al triunfo de la violencia, el placer de la brutalidad. Cuarenta y un miembros fueron de aquel modo arrestados, y encerrados momentáneamente en un cercano aposento. Dos solamente de los que componian la lista de Pryde, Hephens y el coronel Birch, habian logrado entrar en la cámara; pero bajo falsos pretextos les condujeron hasta la puerta, y los soldados se apoderaron de ellos al instante. «Señor presidente, gritó Birch procurando volver á la sala, ¿sufrirá la cámara que sus miembros sean asi arrebatados á sus ojos, y continuareis permaneciendo inmóviles?» Envió la cámara un ujier á llevar á los miembros que estaban fuera la órden de dirigirse á su puesto; Pryde le detuvo: enviado segunda vez, no pudo llegar á ellos.

La cámara decidió que no se trataria de nada, mientras no les fuesen devueltos, y nombró una comision para ir inmediatamente á pedirlos al general. Apenas hubo salido la comision, llegó un pliego del ejército, presentado por el teniente coronel Axtell y algunos oficiales reclamando la esclusion oficial de los miembros arrestados, y de todos aquellos que habian votado en favor de la paz. La cámara nada respondió esperando el resultado de su comision. La comision dijo que el general á su vez rehusaba responder hasta que la cámara hubiese tomado alguna resolucion

sobre el mensaje del ejército. Entre tanto los miembros escludos habian sido sacados de Westminster y paseados por Londres de cuartel en cuartel, de bodegon en bodegon, ya metidos en algunos coches, ó marchando á pié entre dos filas de soldados que les pedian cuenta de sus ganancias. El predicador Hugo Peters, capellan de Fairfax, vino con toda solemnidad y la espada al lado, á informarse de sus nombres de parte del general; preguntándole muchos de ellos el derecho con que los arrestaban: «Con el derecho de las armas», respondió. Hicieron suplicar al coronel Pryde que los escuchase: «No tengo tiempo, respondió Pryde, tengo otra cosa que hacer,» Fairfax y su consejo, que permanecian en sesion en Whitehall, les prometieron en fin audiencia: se dirigieron allí; pero despues de muchas horas de esperar, tres oficiales vinieron á decirles que el general estaba muy ocupado y no los podia recibir. Alguna dificultad se ocultaba bajo tanto desprecio: se evitaba su encuentro y se temia que su invencible entereza provocase demasiado rigor.

A pesar de la audacia de sus deseos y acciones, los vencedores mismos conservaban en su interior, y sin dudarlo, un secreto respeto al antiguo y legal órden: al dirigir la lista de proscripcion, se habian contenido en los límites de rigurosa necesidad, esperando que un solo acto bastaria para asegurar su triunfo. Ellos veian con inquietud que la cámara se obstinaba en reclamar sus miembros, y que sus contrarios seguian siendo un poderoso partido, quizá la mayoría. Con todo, era imposible vacilar. Al otro dia, las tropas cerraron segunda vez las avenidas de la cámara; se renovó la misma escena; cuarenta miembros fueron aun separados; y hasta se arrestó á algunos en sus propias casas. Escribieron á la cámara pidiendo se les pusiese en libertad; pero esta vez la derrota de los presbiterianos se habia consumado; en vez de responder la cámara resolvió por cincuenta votos contra veinte y ocho tomar en consideracion las proposiciones del ejército. Esta última minoría se retiró por sí misma protestando que no volveria á entrar en la cámara hasta que se hiciese justicia á sus cólegas; y despues de la espulsion de 145 miembros, que la mayor parte fueron tambien arrestados, si bien que despues se les sacó poco á poco de la cárcel y sin ruido, los republicanos y el ejército se vieron en fin, tanto fuera como dentro de Westminster, en plena posesion del poder.

Todo cedió, todo enmudeció desde aquel dia; ninguna resistencia, ninguna voz vino á turbar el partido embriagado en su victoria, solo él podia ya hablar en todo el reino, y solo él podia contar con la sumision

lencio : pero Carlos estaba inquieto ; antes que fuese dia, llamó á Herbert que dormia en el aposento vecino ; « ¿Habeis oido algo esta noche ? le preguntó.—He oido bajar el puente levadizo, dijo Herbert, pero no me he atrevido sin orden de V. M. á salir de mi aposento á una hora tan desusada.—Id á saber lo que ha sucedido.» Herbert salió, y pronto estuvo de vuelta : «Es el coronel Harrison, señor.» Secreta turbacion se pintó en las facciones del rey. « ¿Estais seguro de que es el coronel Harrison ?

*Herbert* : El capitan Reynolds me lo ha dicho.

*Rey* : En este caso ya lo creo ; ¿pero habeis visto al coronel ?

*Herbert* : No, señor.

*Rey* : ¿Os ha dicho Reynolds por qué ha venido ?

*Herbert* : He hecho todo lo posible para saberlo ; pero la única respuesta que he podido obtener ha sido que el motivo de la llegada del coronel se sabia muy pronto.» El rey despidió á Herbert ; al cabo de una hora le volvió á llamar, siempre sumamente turbado, las lágrimas en los ojos y abatido : «Perdonad señor, le dijo Herbert, pero estoy consternado de ver á V. M. tan atormentado por esta novedad.—Yo no estoy asustado, respondió Carlos, pero lo que no podeis pensar, es que este hombre es el mismo que habia formado el proyecto de asesinarme en los últimos tratados. Una carta me lo hizo saber. No me acuerdo de haberle visto jamás, ni haberle hecho ningun mal. No quisiera que me sorprendiesen. Este lugar es propio para cualquier delito. Volveos y procurad saber porque ha venido Harrison.» Mas feliz esta vez Herbert supo que el coronel habia venido para hacer conducir al rey á Windsor, dentro tres dias lo mas tarde, y se apresuró á noticiárselo ; la alegría brilló en los ojos de Carlos : «Sea en buen hora, dijo, por fin se vuelven mas tratables : Windsor es un lugar que siempre me ha gustado ; allí me indemnizaré de lo que padezco aquí.»

Efectivamente dos dias despues, el teniente coronel Cobbet vino á decir al rey que tenia orden de enviarle inmediatamente á Windsor, donde estaba ya de regreso Harrison. Carlos lejos de quejarse, apresuró él mismo su marcha. Encontró á una legua de Hurst un cuerpo de caballería encargado de escoltarle hasta Winchester. Por do quier que pasaba se veia numerosa multitud de gentil-hombres, labradores y paisanos, los unos simplemente curiosos que se retiraban despues de haberlo visto pasar, los otros vivamente conmovidos, haciendo en alta voz plegarias por su libertad. Al llegar á Winchester, el corregidor y los aldermanes vinieron á

recibirle, presentándole según costumbre las llaves de la ciudad y dirigiéndole un discurso afectuoso. Pero Cobbet anteponiéndose bruscamente, les preguntó si habian olvidado que la cámara habia declarado traidor á cualquiera que se dirigiese al rey; y ellos aterrizados se deshicieron en humildes excusas, protestando ignorar la voluntad de la cámara, y suplicando á Cobbet que obtuviese su perdon.

Al otro dia volvió á emprender el rey su camino. Entre Alresford y Farnham compareció formado en batalla otro cuerpo de caballería, encargado de relevar al que le habia custodiado hasta allá: el oficial que mandaba la nueva escolta se distinguia no menos por el elegante traje que por su gallarda figura. Cubria su cabeza un gracioso sombrerillo de terciopelo; y sobre el colete de piel de búfalo ostentaba una rica banda de seda camersí adornada de franjas de oro. Admirado Carlos de su gentil presencia pasó poco á poco cerca de él, recibió un cortés saludo, y se juntó con Herbert: «¿Quién es, preguntó Carlos, aquel oficial?—El coronel Harrison, señor.» El rey se volvió al instante, consideró por mucho tiempo al coronel, y tan atentamente, que este como sofocado se retiró á retaguardia para evitar sus miradas: «Este hombre, dijo Carlos á Herbert, tiene el aire de un verdadero soldado; entiendo algo en fisonomías, la suya me gusta: no es la de un asesino.»

Pasó la tarde en Farnham, donde se detuvo la escolta para hacer noche. Carlos vió al coronel en un rincon de la sala, le hizo señal de que se acercase; obedeció Harrison con deferencia y embarazo, con ademan rudo y tímido al mismo tiempo: tomóle el rey por el brazo, lo condujo á una ventana, conversó mas de una hora con él, y le habló de lo que le habian dicho: «Nada es mas falso, señor, contestó Harrison; lo que he dicho y lo que repití es que la justicia no hace escepcion de personas, y que la ley es igualmente obligatoria para los grandes y los pequeños;» y estas ultimas palabras fueron pronunciadas con manifiesta afeccion. El rey rompió la conversacion, se puso á la mesa y no volvió á dirigir la palabra á Harrison, sin dar á entender por eso que en aquella respuesta encontraba ningun sentido que le pudiese inquietar.

Debia llegar al otro dia á Windsor: al salir de Farnham declaró que queria comer en medio del bosque quedándose en Bagshot en casa lord Newburgh, uno de sus mas fieles partidarios. Harrison no se atrevió á negarlo, aunque la instancia le dió lugar á algunas sospechas. No carecian en realidad de fundamento; lord Newburgh, muy aficionado á caballos, tenia uno que pasaba por el mas ligero de Inglaterra: asi se lo habia

anunciado á Carlos en la secreta correspondencia, que desde mucho tiempo atrás mantenía con él, diciéndole que le seria fácil escapar cuando quisiese de su escolta, burlando al través del bosque, cuyos senderos conocia muy bien el rey, la mas encarnizada persecucion.

Carlos en efecto desde Farnham á Bagshot se quejaba sin cesar de su caballo anunciando que lo querria cambiar. Pero apenas llegó á Bagshot, supo que la vispera, el caballo con que contaba habia en el establo, recibido un golpe tan fuerte en el pié que no estaba en estado de servir. Lord Newburgh, desconsolado, le ofreció otros caballos, «muy buenos, según decia, y que bastaban para sacarle del paso.» Pero aun cuando hubiese sido con él mas veloz, la empresa era peligrosa, porque los soldados de la escolta estaban siempre muy cerca del rey y con pistola en mano. Carlos renunció sin trabajo á arrostrar tal peligro; y por la tarde al llegar á Windsor, contento de entrar en uno de sus palacios, de ocupar su acostumbrado aposento, y encontrarlo todo preparado para recibirle, poco mas ó menos como cuando iba con su corte á pasar en aquel hermoso lugar los dias de fiesta, lejos de sentirse atormentado por siniestros presagios, casi habia olvidado que estaba prisionero.

En el mismo dia y casi al mismo instante la cámara baja votaba que seiria procesado, y se nombraba una comision para preparar la acusacion. A pesar de los pocos miembros presentes, muchas voces se levantaron contra aquella medida: los unos pedian que se concretasen á deponerle como ya se habia hecho con algunos de sus predecesores; otros sin decirlo manifestaban desear su muerte de modo que no fuesen responsables.

Pero los libertinos atrevidos, los sinceros entusiastas, y los rigidos republicanos querian un juicio público, que demostrase su fuerza y proclamara su derecho. Solo Cromwell, mas fogoso que ninguno otro en provocar, se dirigia hipócritamente á su fin: «Si alguno, decia, hiciese esta mocion con designio premeditado le miraria como al mas insigne traidor del mundo; pero ya que la Providencia y la necesidad han puesto á la cámara en esta deliberación, suplico á Dios bendiga sus consejos, aunque no esté yo dispuesto á dar inmediatamente mi parecer.» Por uno de aquellos estraños pero invencibles escrúpulos que ponen de manifiesto la iniquidad cuando mas procura ocultarse, á fin de poner al rey en juicio sin el pretexto de una ley en nombre de la cual pudiera ser condenado, se votó desde luego que habia cometido traicion en hacer la guerra al parlamento; y sobre la mocion de Scott, se adoptó al momento una ordenanza, instituyendo un supremo tribunal encargado de juzgarle. Debia

este tribunal componerse de ciento cincuenta comisionados, seis pares, tres grandes jueces, once baronet, diez caballeros, seis aldermanes de Lóndres, todos los hombres mas importantes de partido en el ejército, el parlamento y la municipalidad, menos Saint-John y Vane, que declararon formalmente desaprobar el acto, y no querer tomar parte.

Cuando la ordenanza fue presentada á la sancion de la cámara alta, reanimóse un poco el antiguo orgullo de aquella asamblea, hasta entonces tan abatida, que al parecer habia ella misma aceptado su nulidad: «No hay parlamento sin el rey, sustuvo lord Manchester; el rey no puede pues ser traidor para con el parlamento.—Ha querido la cámara baja dijo lord Denbigh, insertar mi nombre en su ordenanza pero yo me dejaré hacer pedazos antes que asociarme á una tal infamia.—Yo no quiero, dijo el viejo conde de Pembroke, mezclarme en negocios de vida y muerte; no hablaré contra esta ordenanza, pero tampoco consentiré.» Los doce lores únicos que se hallaban presentes rechazaron la proposicion de la cámara baja unánimemente. Al otro dia no recibiendo ningun mensaje de los lores los diputados encargaron á dos de sus miembros que fuesen á la cámara alta, se hiciesen manifestar los registros, y diesen cuenta de su resolucion.

Con lo que estos dijeron, votaron al instante que la oposicion de los lores nada detendria; que el pueblo habia recibido de Dios la fuente de todo poder legitimo, y que los diputados de Inglaterra elegidos y representando al pueblo, poseian el soberano poder; y por una nueva ordenanza, el supremo tribunal de justicia, instituido solo en nombre de la cámara baja, fue reducido á 155 miembros, y tuvo orden de juntarse sin retardo para arreglar los preparativos del proceso.

Reunióse en efecto en sesion secreta, los 8, 10, 12, 13, 15, 17, 18 y 19 enero, bajo la presidencia de Jonh Bradshaw primo de Milton, jurisconsulto apreciado en el bufete, grave en sus costumbres, pero de un espíritu altanero, fanático, sincero, y como tal ambicioso, inclinado á probarlo todo para ser rico, y pronto á dar su vida por su opinion. Tal era la ansiedad pública que estalló insuperable division en el centro mismo del tribunal: ningun llamamiento, ningun esfuerzo pudo lograr que se reuniesen en las sesiones preparatorias mas de cincuenta y ocho miembros: Fairfax fue allá la primera vez, pero no volvió mas. Entre los mismos miembros presentes muchos vinieron solo para declarar su oposicion: tal fue entre otros la conducta de Algernon Sidney, jóven aun, pero ya de mucho influjo en el partido republicano. Retirado desde algun

tiempo en el castillo de Penshurst, en casa lord Leicester su padre; cuando supo que le habian nombrado del supremo tribunal, partió inmediatamente para Lóndres; y en las sesiones de los 13, 15 y 19 enero, aunque la cuestion pareció decidida, se opuso con energia al proceso.

Temia sobre todo que la aversion con que miraria el pueblo á la república, quizá seria causa de una fuerte revolucion que salvaria al rey y la perderia para siempre. «Nadie se moverá,» gritó Cromwell importunado con tales presagios; «os digo, que le sabremos cortar la cabeza con la corona encima.—Haced lo que os acomode, replicó Sidney, no os lo puedo impedir; pero á buen seguro que no intermediaré yo en este negocio.» Y salió para no volver. Reducido en fin á los miembros que aceptaban su mision, el tribunal solo se ocupó del modo de arreglar el proceso. John Coke, abogado de mucha fama, é intimo amigo de Milton, fue nombrado procurador general, y como á tal encargado de llevar la palabra, ya sea en el acto de la acusacion, ya en el curso de las sesiones. Elsing, secretario de cámara hasta aquella época, acababa de retirarse con pretexto de enfermedad; Henry Scobell fue elegido para reemplazarle.

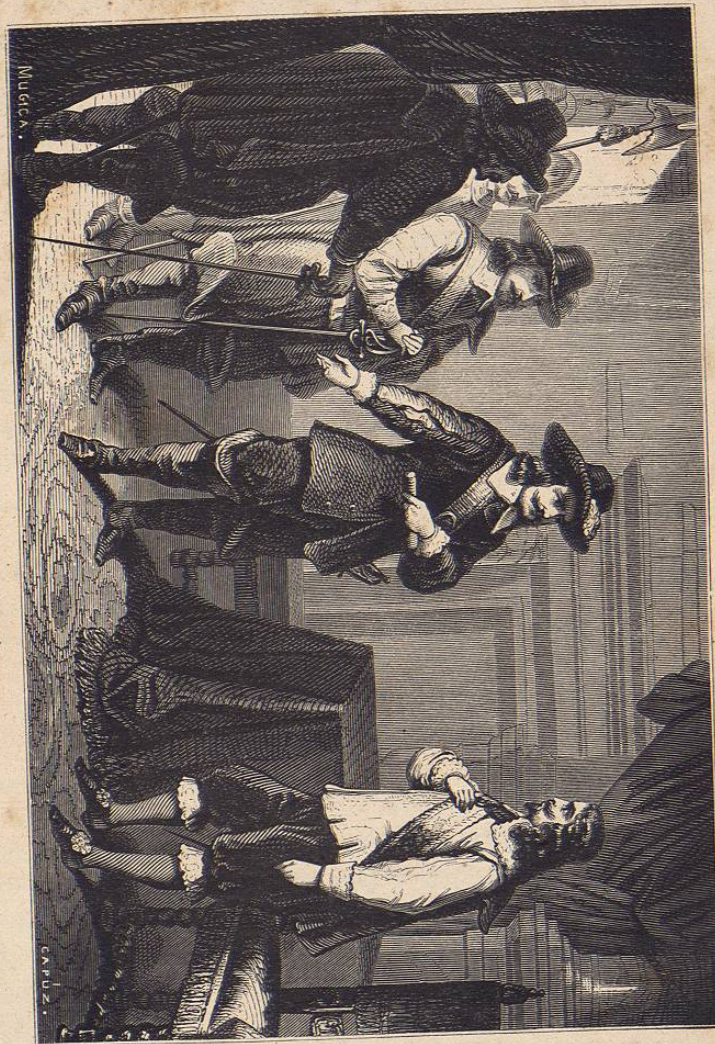
Se determinó cuidadosamente qué regimientos y como prestarian el servicio durante el curso del proceso, donde estarian colocadas las centinelas, advirtiendo que no omitieron ponerlas hasta en el lecho y en las ventanas que daban luz á la sala; que barreras se levantarían para separar al pueblo, no solamente del tribunal sino que tambien de los soldados. El 20 de enero fue en fin señalado para comparecer el rey ante el tribunal en Westminster-hall; y desde el 17, como si ya estuviese condenado, la cámara habia nombrado un comisionado para recorrer todos los palacios, castillos y moradas del príncipe, haciendo un exacto inventario de sus muebles, propios ya del parlamento.

Cuando el coronel Whitecott, gobernador de Windsor, anunció al rey que dentro de pocos dias seria conducido á Lóndres: «Dios está en todas partes, respondió Carlos, y en todas es tan poderoso como bueno.» La noticia le causó sin embargo una viva inquietud; habia tres semanas que vivia en la mas estraña seguridad, sin tener mas que alguna rara noticia y esa no exacta de las decisiones de las cámaras, y consolándose con algunas noticias de Irlanda, que le prometían prontos socorros; jamás sus servidores le habian visto mas confiado ni mas alegre al mismo tiempo: «Dentro seis meses, decia, quedará restablecida la paz en Inglaterra, y si no, recibiré de Irlanda, de Dinamarca y otros reinos, los

ó el consentimiento universal. De esta suerte llegaba á lo sumo el entusiasmo de los fanáticos. «Como Moisés, decia Hugo Peters predicando á los generales delante los restos de las dos cámaras, como Moisés estais destinados á sacar al pueblo de la esclavitud de Egipto : ¿Cómo se cumplirá esto? todavía no se me ha revelado.» Puso la cabeza entre sus manos, se inclinó hasta una almohada que tenia cerca de él, y levantándose de repente dijo : «Ved aquí, aquí se me ha hecho la revelacion, os lo voy á esplicar. Este ejército dará fin con la monarquía no tan solo aquí, pero en Francia y los otros reinos vecinos : este os sacará de Egipto. Dicen que vamos á entrar en un camino hasta aquí sin ejemplo : ¿qué pensais de la virgen Maria? ¿habia habido anteriormente algun ejemplo de que pudiese una mujer concebir sin obra de hombre? este es un tiempo que servirá de ejemplo en lo venidero.» La mayor parte del partido se entregaba con regocijo á este místico orgullo. En medio de tanta exaltacion, el mismo dia en que los últimos restos presbiterianos se retiraron de la cámara, Cromwell fué á ocupar su lugar : «Dios me es testigo, decia por todas partes, que nada he sabido de cuanto se ha hecho en esta cámara, pero ya que está consumada la obra, me place, y por de pronto es menester sostenerla.»

La cámara le acogió con ruidosas aclamaciones de reconocimiento. El presidente le dió gracias por la campaña de Escocia ; y al salir de la sesion fué á alojarse en Whitehall, en los mismos aposentos del rey. Al otro dia el ejército se apoderó de las cajas de diferentes juntas, precisado, segun decia, á proveer sus necesidades para no ser por mas tiempo gravoso al país. Tres dias despues envió á Fairfax, bajo el título de *Nuevo voto unánime del pueblo*, un plan de gobierno republicano, redactado, segun se dice, por Ireton, y le invitó á discutirlo en un consejo general de oficiales, para presentarlo inmediatamente al parlamento. En el interin, y sin tomarse el trabajo de esplotar la voluntad de los lores, los diputados revocaron todos los actos, y decretos dados antes en favor de la paz y que habrian servido de obstáculo á la revolucion. Finalmente, versaron las peticiones sobre que se hiciese justicia del rey, único culpado de tanto derramamiento de sangre ; y un destacamento salió del cuartel general con orden de llevarlo de Hurstcastle á Windsor.

El 17 diciembre á media noche, fue despertado Carlos por el ruido del puente levadizo que se bajaba, y un grupo de hombres á caballo que entraban en el patio del castillo. En un instante quedó restablecido el si-



EL REY ES ARREBAJADO DE LA ISLA DE WIGHT.